Swingers

José Enrique González Heredia

♦♦♦

Para Susana Avitia

Claudia conducía. A su lado Jaime miraba hacia la playa del lago, lleno de gente corriendo, de mujeres paseando perros y parejas caminando despreocupadas, con la perspectiva de una perezosa tarde sabatina. Al llegar al semáforo se detuvieron junto a un auto azul desde el que una mujer joven miraba. El hombre que conducía el auto azul volteó y pareció hablar algo con la mujer.

Jaime volteó a subir el volumen del estéreo y encontró una discreta señal de Claudia. Miró en dirección de la señal y se encontró con cuatro ojos que lo miraban desde dos rostros sonrientes.

¿Se habrán perdido? —susurró mientras Claudia bajaba el cristal y preguntaba— May I help you?

Del otro lado respondieron:

—¿Hablan español?

El claxon de un carro al cambiar la luz del semáforo impidió que se escuchara el "Sí, claro" que Claudia y Jaime exclamaron a dúo. Arrancaron mientras del auto azul una mano les indicaba un lugar donde podrían estacionarse.

—Disculpen, somos nuevos en esta ciudad —dijeron los del auto azul— y apenas conocemos a nadie. ¿Podríamos invitarles un café para preguntarles algunas cosas de la ciudad? —ofrecieron—. Solamente unos minutos —agregó el hombre—. Si no pueden, no hay problema.

Claudia miró a Jaime. Parecía buscar en su rostro un argumento para negarse, una manera cortés de decir que no, que gracias, que había cosas pendientes, pero Jaime también era una interrogante.

—¿Qué dices?... ¿Cómo ves?... ¿Cómo andas de tiempo?... ¿Vamos?... Bueno, al Trevi... Está cerca, ¿saben dónde es?... Y allí doblan a la derecha... Un letrero verde..., Allí se ven las mesas.

En el café parecían celebrar el Día de las Torpezas: El "lette" de una de las damas era para otra mesa y el "spresso" estaba flojo, pero esos detalles sirvieron paradójicamente como una válvula de alivio a la inicial rigidez de Claudia. Pronto se hizo una pausa. El hombre miró a la mujer, aspiró hondo y dijo con una ligera tensión en la voz:

—Miren, mi esposa y yo somos "swingers", pero recién llegamos aquí y aún no conocemos a nadie. Hace un momento, cuando los vimos, quisimos invitarlos porque se ve que son una buena pareja. Por favor, no se ofendan. Es solamente una invitación. Si no aceptan, no hay problema.

Esta vez fue Jaime quien volteó a buscar la mirada de Claudia. Ella sonreía nerviosa, buscando

una respuesta única, contundente. La pareja, frente a ellos, parecía mirar hacia otra parte, siempre sonriendo, aunque esperando.

Los ojos de Jaime parecían gritar: "¡Vamos!"

Claudia escuchó su propia voz diciendo:

—¿Ahora mismo?

Algunas calles más adelante estaba la casa de la pareja del auto azul. Al entrar, la pareja les señaló unos sillones, el hombre fue a poner música y la mujer se alejó hacia la cocina diciendo a Jaime: "¿Me ayudas?"

Claudia y el hombre apenas se apartaron cuando la mujer —toda sonrisas— vino a dejar unos vasos y se devolvió a la cocina. Más tarde, Claudia recibía las atenciones del anfitrión sobre el sofá, en la alfombra, y hasta encima de la mesita de centro. Desde la cocina se oyó el ruido de unos cubiertos que rodaron por el piso.

Más tarde, reunidos todos en la sala, conversaban y bebían, relajados. Claudia señaló hacia una foto de bodas junto a la puerta.

—¿Cuánto tiempo tienen de casados? —preguntó.

—Cinco años —dijo ella.

—¿Y ustedes? —preguntó él.

—Nosotros solamente somos amigos —explicó Jaime—. Somos compañeros de trabajo.

—¿Amigos...? Bueno, pero... Viven juntos, ¿verdad?

—No —dijo Claudia—. Solamente somos buenos amigos.

—¿Nada más? —preguntó ella, muy seria.

—Sí, nada más amigos... —dijo Jaime, nervioso—. ¿Por qué?, ¿pasa algo?

—¡Váyanse! —dijo el hombre, completamente serio—. ¡Váyanse ya!

Claudia y Jaime se levantaron incómodos. El hombre se adelantó hacia la puerta, la abrió y la mantuvo abierta mientras Claudia y Jaime pasaban: Jaime a espaldas de Claudia, ambos tan sorprendidos que no podían menos que obedecer rápidamente. El rostro del tipo era una roca.

Al llegar a la calle el tipo dijo:

—Por favor, no vuelvan nunca por aquí.

Subieron al carro, desconcertados. Antes de que ellos arrancaran y antes aún de azotar la puerta de la casa, el hombre les gritó:

—¡Degenerados! ♦

